

The title is centered and surrounded by several grey ink splatters of varying sizes, creating a dark, atmospheric effect.

# AMOR entre OSCURIDAD

SERIEGÓTICA

Primera edición,  
Mayo 2010

Copyright © David Antón Gago  
Copyright © Mundos Épicos Grupo Editorial  
Copyright de las ilustraciones © Mundos Épicos Grupo Editorial

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS  
ALL RIGHTS RESERVED

**MUNDOS  
EPICOS**  
GRUPO EDITORIAL

C/ Rosa García Ascot, 11  
Portal 4, 3ºB, 29190  
Puerto de la Torre, Málaga  
Tlf: 951 93 11 34  
info@mundosepicos.es  
www.mundosepicos.es

ISBN: 978-84-92826-02-5  
Ilustración de cubierta: JOSÉ GABRIEL ESPINOSA  
Diseño gráfico y maquetación: SILVIA RASERO

Impresión: PUBLICACIONES DIGITALES S.A.

Depósito legal:

IMPRESO EN ESPAÑA  
PRINTED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro,  
ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma  
o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia,  
por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

<http://amorentreoscuridad.mundosepicos.es>

# AMOR entre OSCURIDAD



DAVID ANTÓN GAGO







Dedico esta obra a mi familia, sin la cual nunca  
podría haber conseguido este sueño.

Además, también con agradecimientos para S.G.V.,  
de Burgos, que fue la primera en leer sobre esto.

Del mismo modo a E.C.A., de Viladecans, mi  
eterno hermano lobo.

Y por último, a Dios, por permitirme escribir esta  
novela que vio sus inicios en diciembre de 1999 y su  
final en septiembre de 2006, firmando así el inicio  
de esta trilogía.





## PRÓLOGO

13 de septiembre de 1980. El Cairo, Egipto (04.45 a.m.).

El intenso calor que era famoso en los desiertos de arena bañaba en esa noche la capital del país de los Faraones, hasta hacer que los pocos seres vivos que a esas horas del amanecer caminaban por las calles desearan o bien estar en sus hogares o estar saludando a los pingüinos en la Antártida.

Sin embargo, a pesar de ello, en las calles se encontraba un egipcio de piel oscura cuyos pensamientos estaban en completa discordancia, y cuya mirada, que en otros momentos siempre parecía enfermiza, ahora se mostraba como la de un gavilán en plena caza, cosa que no era por completo falsa.

Este personaje se llamaba Hassan y su trabajo era el de ser un honrado tomador de carteras, pues el mote de ladrón nunca le había apasionado, y para pena suya, eran demasiadas las noches en las que no lograba lo suficiente ni para comprarse el azúcar para los cafés que se tragaba por las tardes.

De modo que en esa noche, al ser una de esas muchas, el pobre hombre tenía un humor tan siniestro como pocas veces habría logrado soñar.

En esta ocasión, Hassan se estaba atreviendo a recorrer calles más alejadas de las que conocía como su terreno de caza, incluso aquellas en las que, hacía unos diez días, un individuo llamado Samir le había saqueado hasta los botones de su camisa favorita, para llegar a la zona en la que los ricos tenían sus chabolas. Pero nada era suficiente, porque sólo se encontraba a los individuos más pobres y ruines que eran sus vecinos de profesión.

## AMOR entre OSCURIDAD

No había nadie que llevara un cartel de aviso, de recomendación, para que los ‘amigos de lo ajeno’ le tomaran la cartera a él el primero.

Como consecuencia de estos pensamientos, el egipcio recordó la vez en la que cambió unos dólares por moneda egipcia con dos norteamericanos, creyendo que él iba a sacar un gran beneficio, para ir después a cambiar sus verdes dólares a un lugar de cambio legal y encontrarse que no sólo había perdido dinero en el trueque, sino que, además, sus dólares eran falsos.

Así pasaron largos minutos en los cuales sus pasos por las calles y sus recuerdos de crímenes siempre siniestrados bailaban al mismo son, y llegó a pensar que en esa noche lo único que crecería serían los piojos que se tenía que quitar; pensamientos que, no obstante, se evaporaron en la nada tan pronto como el individuo de piel morena vio aparecer, por una esquina, a una energúmena de largo cabello rubio, grandes ojos azules y piel clara, que caminaba a la vez que cantaba y bailaba como si fuera la Caperucita Roja de los cuentos europeos.

Todo ello llenó su mente de una verdad: tenía que ser una extranjera occidental, porque tanta estupidez no podía tener otra explicación, y aun con esa norma, esa chica parecía más burra todavía.

Fruto de esa visión, Hassan sonrió mientras preparaba su pequeña navaja en forma de hoz y comenzaba a seguir a la fémina, proceso al que dedicó tal atención que pronto se fijó en que estaba silbando la melodía que la palurda cantaba. Por esa circunstancia, el egipcio se asqueó al tiempo que pensaba que en poco los extranjeros ya no hablarían, sólo rebuznarían. A pesar de eso, pronto comprendió que con esos pensamientos a nada llegaría. Entonces se imaginó una cartera llena de dólares y echó a caminar de nuevo, de forma que avanzó detrás de la chica mientras procuraba mantener una distancia que fuera protectora para él, y que evitara perder a su víctima de vista. Lo logró a tal nivel que la individuo no detectó, en milésima alguna, la presencia de Hassan. La suerte parecía además estar con él, pues ella se dirigía hacia el lugar perfecto para ejercer su profesión: los suburbios, lugar tan propicio para su honrado oficio, que en su rostro surgió una sonrisita maliciosa que pronto se vio aumentada al observar cómo la mujer rubia se introducía en el callejón sin salida en el que algunas noches él entraba a orinar.

Por respuesta, tras adoptar la apariencia más profesional de la que fue capaz, Hassan sacó su navaja mientras caminaba hacia la callejuela de manera silenciosa y llegaba hasta la entrada del lugar.

Sin embargo, su sonrisa se borró en el momento en el que pudo apreciar visualmente todo el callejón, puesto que la chica no se divisaba por ningún sitio. En cambio, la visión de la basura y las ratas era buena en exceso.

Por ello, el estómago del egipcio se retorció lo suficiente como para que su amo, a la vez que avanzaba, intentara con todas sus ganas que los gases nocivos que pululaban por allí no destrozaran también sus pulmones; asunto que se endureció más al darse cuenta de que la individua tenía que haberse metido bajo uno de esos montones malolientes. Ante eso, el egipcio pensó que ya no había lugares honorables y decentes en los que uno pudiera llevar a cabo su profesión.

En contra de esa queja, un tenebroso y nuevo olorcillo le indicó que sí era posible. No tardó en ponerse a cuatro patas para echar al suelo el alimento completo de ese día.

A continuación transcurrieron unos largos segundos hasta que por fin el tomador de carteras logró enderezarse. Acto seguido se limpió la boca con su pañuelo utilizado ya en miles de ocasiones, y entonces llegó el instante en el que se aterrorizó tanto que casi echó a correr como un loco; efecto que estaba identificado con un toque que acababa de recibir en su espalda, y que, al girar sobre sus talones, sirvió para encontrarse de frente con la misma chica rubia a la que había seguido todo el rato, una fémina que le sonreía divertida.

Llegado a ese punto, el tomador se sintió muy mal consigo al pensar que los ojos de la mujer eran los más hermosos que nunca había visto; sentimiento ante el cual la chica sonrió todavía más.

—¿Tiene usted algún problema?

Hassan la miró y ella sonrió aún más alegremente.

—Eso de echar la comida por la calle como usted hace sin duda tiene que ser consecuencia de una salud muy pero que muy mala.

El egipcio siguió embobado y la mujer rubia miró con curiosidad, siempre sonriente, la navaja con la hoja en forma de hoz que seguía en su mano derecha.

—Curiosa navajita. Muy pocas veces habré visto un modelo como ése y créeme si te digo que he visto muchos. Es el arma que pretendías utilizar para robarme, ¿verdad?

Escuchadas esas palabras, Hassan asintió tras otros largos segundos, y comenzó el proceso, con el estilo de un zombi borracho, de levantar el arma hacia ella para después pedirle la cartera. Como resultado, la mujer se echó a reír con todas sus ganas.

## AMOR entre OSCURIDAD

En cuanto a él, en el transcurso de esa risa llegó a un punto clave en el que Hassan se llenó de horror sobrenatural al comprender que allí había algo que rompía las leyes de la naturaleza, incluyendo a la misma Caperucita Roja occidental, pero aún más, comprendió que esa mujer era el eje central del que emergía su terror.

Debido a esa nueva luz, intentó echar a correr, mas un brazo poderoso le empujó hacia el interior del callejón. La mujer rubia suspiró aburrida.

—¿Y ese miedo en tu interior, compatriota? En verdad que para ser un depredador tú también, defraudas un rato. Si hasta tendría que darte unas cuantas lecciones yo misma, ¿no crees?

Ese comentario no recibió respuesta porque el egipcio no podía hablar ni hacer nada. Estaba preguntándose qué cosa podría ser lo que tenía delante, aunque tuvo el valor suficiente para soltar un ‘Déjame irme o te denunciaré a la policía’ que provocó en ella nuevas risotadas.

—Sin duda me defraudas. —La rubia acompañó sus palabras con un movimiento de cabeza mientras susurraba que las cosas ya no eran como antes. Después volvió a mirarlo ya más seria—. En fin, Hassan, te diré que a partir de ahora ya no tendrás que seguir buscándote la vida por las calles. Tu nueva amiga Reena te salvará de esas tonterías.

Al instante, la belleza rubia sonrió al tiempo que el egipcio se quedaba petrificado ante la mayor pesadilla que nunca habría logrado soñar, la cual nacía de una sonrisa que, de manera paulatina, fue modificándose hacia unos derroteros en los que las palabras sobraban y sólo existían sueños de tinieblas. Los mismos que fueron penetrados por la mujer rubia, sin poderlo evitar, y de los que salió una sonrisa más grande en su rostro.

—Eso mismo...

Finalmente, Reena no aguantó más y pegó su boca al cuello del ladrón con tanta potencia que aquel egipcio no pudo hacer nada para evitarlo. Así, pudo beber sin objeciones hasta que el individuo entró de frente en el reino de los muertos.

Luego, con un gesto de excesiva coquetería, se liberó del cuerpo como si fuera una simple piedra y pensó en la multitud de malos olores que quizás se le pegarían a la ropa.

Por último, se limpió los restos de sangre de la boca con la mano, la misma mano que se limpió en la pared que tenía a su derecha, mientras se prometía a sí misma que un día de éstos iría a ver al presidente para que limpiara un poco esas zonas de la ciudad.

## David Antón Gago

Después de eso, empezó a avanzar hacia la salida del callejón, con suma tranquilidad, hasta que un dolor imperioso llenó su cerebro y cada célula de su cuerpo. Ella se llevó las manos a los oídos mientras gritaba con amargura.

Esa sensación desapareció en apenas unas pocas milésimas de segundo, pero esas milésimas tardaron demasiado en transcurrir. No obstante, cuando llegó ese final, Reena Murnau se recuperó con el rostro reflejando su sorpresa. Entonces levantó la vista, enfurecida, para mirar a su alrededor con un odio que provocó que la basura más cercana a ella ardiera con un fuego purificador.

Después pensó en que en sus dos mil treinta y tres años de edad nunca había sentido ese dolor, aunque con una vez sería suficiente para que ella respondiera como debía.

En relación a lo que había sentido, a lo poco que había comprendido, fuera lo que fuese lo que aquello significara, la causa era un ser vivo, un ser que Reena estaba obligada a encontrar.





## REUNIÓN

13 de septiembre de 1980. Southampton, Inglaterra.

Sentado en su despacho en el hospital, el doctor Ferdinand mantenía su mente embutida en un interior tan profundo que no era capaz de salir, pues a pesar de que ya era la una del mediodía, y de que el suceso en el que se centraban sus pensamientos había ocurrido sobre las seis y diez de la madrugada, no podía dejar de rememorarle una y otra vez.

Así, recordó que toda la noche había ido como de costumbre hasta que fue avisado sobre el caso de un parto extraño que precisaba de su presencia, circunstancia por la que se dirigió hacia la zona de los quirófanos a la vez que avisaba por el trayecto a aquellas personas que necesitaría para que le auxiliaran.

Cuando por fin llegó, el doctor se encontró con un caso de parto prematuro, pero algo así solía suceder a menudo por lo que el proceso de la operación fue por completo satisfactorio. A pesar de ello, Ferdinand presentía que algo malo iba a ocurrir, y ese presentimiento tomó forma cuando apreciaron que la pequeña criatura había nacido muerta.

Ante tal evidencia, el equipo médico no tiró la toalla y trató, mediante varios procesos, dar vida a aquel niño, mas todos los intentos fueron en vano. Estaba muerto y todos se rindieron ante ese hecho.

Después de aquello, mientras la familia del bebé, alejada del niño y del equipo médico, esperaba noticias preocupada, los médicos comenzaron a sopesar el cómo explicarían lo sucedido. Entonces llegó el momento en el que todos ellos cambiarían en su interior, ya que el corazón del bebé comenzó a latir con normalidad al tiempo que la criatura empezaba a llorar como si hubiera nacido al mundo en ese preciso instante.

## AMOR entre OSCURIDAD

Todos ellos, extrañados y sin comprender lo que sucedía, miraron al recién nacido, puesto que las pruebas que habían realizado a aquel niño habían demostrado que estaba totalmente muerto, clínicamente muerto; tan muerto que, con cautela, comprobaron que el bebé estuviera en realidad en perfecto estado.

En consecuencia, quedaron tan consternados que cuando una enfermera les intentó despertar con la pregunta de que si ya podía llevar al niño a su familia, silencio fue la respuesta; atmósfera lúgubre que fue el prolegómeno del pacto que decidieron cerrar entre ellos de no soltar palabra, gracias a la promesa de que nunca saldría aquel suceso a la luz, ni que tampoco volvería a ser recordado por ellos mismos.

Por último, tras tomar aquella decisión, el bebé fue entregado a la familia a la vez que los médicos suspiraban aliviados por perder de vista a la criatura.

Sin embargo, en lo concerniente al doctor Ferdinand, a pesar de la promesa de nunca recordar, él sabía que nunca podría olvidar aquel momento.

### 27 de agosto de 1995. Liverpool, Inglaterra.

Se revolvió entre las sábanas enfrascado en un sueño cuyo significado desconocía, rodeado de oscuridad, ahogado por ella, con el pleno recuerdo de que esa oscuridad siempre había sido su único miedo en la vida; razón por la que, en principio, pensó que nunca lograría huir de aquello, y por ello, una mayor desesperación le empezó a consumir en proyección ascendente.

No obstante, empezó a correr temeroso durante un periodo que a la perfección hubiesen sido horas, a la par que buscaba cualquier abertura por donde poder escapar, de modo que llegó el momento en el que comenzó a escuchar unos pasos detrás de él que aumentaban, en su velocidad de persecución, hasta niveles sin límite. Entonces, en su mente apareció la llamada de la Cosa indicándole que le esperase, una voz que no conocía pero que algo en su interior le hacía temer, en un sentimiento oscuro que se convirtió en la causa de su despertar.

Abrió los ojos aterrorizado y se mantuvo así hasta que comprobó que la soledad invadía su territorio. Sólo entonces, a duras penas, consiguió calmarse.

De cualquier forma, en ese escrutinio, sus ojos castaños se posaron en el reloj despertador, y viendo la hora marcada, no pudo evitar lanzar un

suspiro fastidioso, porque faltaba únicamente un minuto para que sonara la monótona alarma.

Tanto asco le dio eso que decidió no esperar a que tal pesadilla sucediera, y silenció cualquier posibilidad de alarma mediante el lanzamiento del trasto por la ventana abierta.

A continuación, rezó a algún dios mientras bostezaba y se levantaba de la cama antes de dirigirse hacia el cuarto de baño común del centro de acogida. Un lugar en donde se lavó las manos y la cara para luego vestirse, hacer la cama, peinarse y seguir como todas las mañanas, al mismo ritmo que un robot.

Después comenzó a recorrer pasillos para dirigirse al comedor, a la búsqueda del desayuno, a la par que recordaba su pasado...

El primer suceso que evocaba de importancia, aunque en realidad nada recordaba del tema, era la muerte de sus padres cuando él solamente contaba con tres años de edad. Bryan no tenía más familia que sus progenitores, con lo que aquello había tenido como consecuencia que pasara a vivir en el hogar de acogida, un lugar donde se mantendría durante un plazo de cinco años más.

Después de aquello, unos individuos llegaron a su vida; un joven matrimonio que en dos años fue a la cárcel por mantener negocios con drogas y otras cosas, por lo que Bryan Pherson, un niño con traumas y más traumas, retornó de nuevo al centro de acogida.

Ahí, con esa locura de los traumas continuados, sonrió divertido al tener constancia plena de que el verdadero Bryan nunca los había tenido. Eso se debía a que, a pesar de la pinta de niño que tenía la mayoría de las veces, lo cierto era que Pherson era bastante adulto para su edad, de manera que todo lo sucedido no le había causado nada de nada, porque desde su punto de vista, respecto a la muerte de sus padres biológicos, hacía mucho que había sucedido y en su interior sabía que, aunque no pudiera verlos, ellos siempre estarían allí, pues siempre estarían en lo más profundo de su corazón cuando él los necesitase.

Esto era comprensible al saber que Bryan sentía que lo cuidaban como si fueran sus verdaderos Ángeles Guardianes, además de que tenía fotografías, recuerdos e imaginaciones propias.

Por otro lado, sobre sus segundos padres, que ni en pesadillas los tendría por padres, jamás habían sido nada para él.

Llegado a ese punto de su vida, y en contra de sus ocho años de edad, el pequeño Bryan comprendía cómo eran las cosas, y pronto aprendió a

## AMOR entre OSCURIDAD

vivir por su cuenta. Por ello, como único dato significativo sobre su vida en ese periodo aparecía su cambio de residencia a una ciudad mayor: Liverpool.

Su mente volvió a la actualidad para acercarse al espejo, sonreír y comenzar a presentarse a sí mismo.

Bryan Pherson era un chico de ojos marrones y cabello moreno. Con una altura bastante superior a la media para una edad de catorce años, se vanagloriaba de que ya tenía casi quince.

En lo relacionado con su forma de ser, poseía un carácter abierto y extrovertido que le otorgaba el don de hacerse amistades fáciles. A eso había que añadir que era un chico sincero al que le gustaba tratar a la gente con respeto, al ser su opinión que ésa era la única manera con la que toda persona debía de ser tratada. En cuanto a sus gustos, le encantaba leer, escuchar música, reírse y gastar bromas a menudo.

Tras esa presentación, volvió al mundo real para recoger su cartera, y junto con otros dos amigos del centro, comenzó a avanzar hacia su lugar estudios. Así, durante ese trayecto, al observar sus rostros cenizos, sonrió con alegre burla.

—¡Jo, parecéis muertos vivientes! La próxima vez que os vea, llamaré a la niña del exorcista para que tome de novio a alguno de vosotros dos.

Sus socios lo miraron enfurruñados y él se limitó a encogerse de hombros.

—¡Qué pestosillos sois! Vamos, es el primer día. Tampoco estará tan mal. ¿Qué haremos? Una respuesta: nada de nada, par de mustios. —Al verles igual, Bryan suspiró con fuerza—. Vais a ir de todos modos, así que por lo menos intentad sacar sonrisas forzadas o si no os mandaré a pastar a un prado como si fuerais meras ovejas. Con seguridad que hasta ellas se quejarían menos que vosotros dos.

Como resultado a esa comparación, dos puñetazos amistosos se dirigieron hacia Bryan.

24 de diciembre de 1993. Madrid, España.

En la oscuridad de la noche española, sus ojos azules parecían no tener vida en una mirada que se ahogaba en el infinito; de manera que cualquiera que la hubiera visto, habría pensado que el frío del invierno la había congelado literalmente, pero se habrían equivocado.

En su cerebro sabía que no estaba muerta, cosa que las muchas leyendas que corrían por el mundo y que tenían como tema principal a su especie no dejaban de decir. Mas se encogió de hombros sin poder reprimir una sonrisa divertida que iluminó su rostro un instante antes de que se volviera a poner serio.

Una vez en ese estado, volvió a la labor que en esos momentos desarrollaba: la caza; acción para la que se guiaba con una telepatía que le permitía penetrar en la mente de cualquiera de aquellos insulsos mortales que infestaban la ciudad, siendo ésa una capacidad que, al igual que todo en ella, había aumentado mucho desde que la convirtieran en lo que ahora era.

En lo referente al tipo de presa que buscaba, ahí se incluía cualquiera cuya *evaporación* no mereciera la pregunta de un por qué.

Sin embargo, una alarma llenó su cerebro cuando contactó con la mente de otro ser no humano, que se cerró para guardar sus pensamientos tan pronto como Reena se guardó los suyos. Fruto de ello, en sus ojos azules surgió una furia intensa al haber reconocido en el *otro* a un hermano de raza, por lo que decidió olvidarse de la caza para iniciar la misión de obtener mayor información del otro vampiro.

De ese modo, tras un sondeo que hizo muy rápido gracias a su edad, pronto la relajación llenó su cuerpo al comprender que ese vampiro no sería ningún inconveniente para su tranquila estancia en aquella ciudad, ya que si se trataba de una individuo mucho más joven que ella, además sería una de las pocas amigas que tenía en el mundo y uno de los pocos hermanos de raza que vivían en aquel país.

La cuestión de un número tan reducido de su especie se entendía por el hecho de que la mayoría de sus hermanos de raza en raras veces *procreaban* hijos. Ejemplo de ello era la propia Reena, que todavía, con tantos siglos a sus espaldas, no había *creado* ni a uno.

No obstante, se alejó de esos pensamientos para avisar a su amiga de la identidad del vampiro que ella era, y su compañera suspiró aliviada al reconocerla. Después de eso, ambas cruzaron sus pensamientos para citarse en unas pocas horas con el fin de charlar sobre las nuevas que podrían tener, ya fuera de sus vidas o de los chismes que recorrían el mundo cada día, pues aunque nunca lo admitiría en público, Reena era una enamorada de los chismes.

Finalmente, se preguntó si su amiga sabría algo de aquello que había sido capaz de volverla a traer al continente europeo, alejándola de su Egipto natal tras mucho tiempo de estancia.

## AMOR entre OSCURIDAD

15 de junio de 1995. Sulina, Rumanía.

En el interior de una mansión sumergida en lo más profundo de un bosque de pinos silvestres, se encontraba la habitación en la que una luz tenue de vela provocaba tales sombras fantasmagóricas que hasta el escritor irlandés Joseph Sheridan Le Fanu hubiera estado a gusto.

Pero a pesar de ese dato, era un chico joven con gafas el que se encontraba en esos momentos estudiando un mapa de Europa occidental que había en una mesa de caoba. Una circunstancia que se debía a que en ese mismo verano se mudaría a la ciudad de Liverpool para completar sus estudios; viaje que a la vez que le creaba algún recelo, también le hacía sentirse impaciente de que ese momento llegara, porque sus sueños de ser un gran historiador de la civilización de sus tierras estaban por completo ligados a esos estudios.

Por eso mismo tenía la eterna duda de por qué él, que soñaba con estudiar las leyendas de su tierra, debía para ello viajar al extranjero; una razón más de las muchas que le hacían pensar que aunque ya hacía mucho tiempo que el dictador Ceausescu había desaparecido, las cosas en Rumanía no habían mejorado al ritmo que Constantin Radu habría deseado.

De cualquier modo, tampoco era tan negativo ese hecho, ya que dicho retraso ayudaba en mucho a aquellos que, como Constantin, buscaban sondear sobre su pasado.

Debido a todo esto, no pensaba desaprovechar su estancia en suelo británico, puesto que aunque abandonaría a su familia y amigos de toda la vida, los fines estaban bien justificados. Además, conocería más mundo, lo que era algo que siempre le había enamorado y que pocos de sus familiares habían podido lograr por causa de la precariedad económica en la que actualmente se encontraban los Radu.

En cuanto a ese tema, había que aclarar que su familia no era pobre en sí. Sin embargo, hacía tan sólo dos generaciones había sido una de las más ricas del país, pero el paso de los años había causado que las riquezas se perdieran por el camino.

Al compás de esos pensamientos, una luz divertida surgió en sus ojos al comprender muy bien que una de las causas de su sueño de iniciar la búsqueda del pasado de su tierra tenía parte de su origen en los antepasados de su propia familia. Dicho asunto se entendía gracias a un campo más especializado en el cual se hallaba interesado y que tenía relaciones muy fuertes con las mitologías originarias de Rumanía, Moldavia, Hun-

gría, Bulgaria o Grecia. De la misma manera, también atraía a la mayoría de los turistas que llegaban a su país, y eso era la leyenda del vampirismo, un tema que se diferenciaba entre él y los otros, ya que aunque para los demás se trataba de algo similar a moscas acercándose a una luz sin conocer su naturaleza real, en el caso de Constantin, había detrás un estudioso amante de los libros; literatura devorada que podía ser de cualquier clase, desde los relatos para niños y adolescentes del pequeño vampiro alemán Rüdiger Von Schlotterstein y su creadora Ángela Sommer-Bodenburg, en mucho superiores a cierta película que había llegado a los cines hacía no mucho, hasta la novela *El Misterio de Salem's Lot*, de Stephen King, sin olvidar tampoco los grandes clásicos como el relato corto *Vurdalak* de Tolstoi o el clásico romántico del escritor francés Théophile Gautier, *La Muerta Enamorada*, del cual Clarimonda, la diosa de ojos de esmeralda, siempre le enamoraría.

A pesar de eso, tenía que admitir que la mayor atracción la sentía hacia los relatos más verídicos, y entre éstos se encontraba el *Tratado del Vampirismo* realizado por Calmet. No obstante, la verdad era que aún le apasionaban más los relatos de sus propios antepasados. En relación a esto había que indicar otra cosa, y ésta era que él nunca había creído en su existencia, porque, en su opinión, los rumores eran infundados; pensamiento que permitía dar el salto a la razón del porqué de su atracción, y se entendía en el deseo de descubrir el origen real de la leyenda. En ello se incluía el interés sobre la Tigresa de Csejthe, la Condesa húngara Erzsébet Báthory que se había *cargado* a más de seiscientas mujeres en su búsqueda sangrienta de la juventud eterna.

Por último, haciendo un esfuerzo, se alejó de esos mundos literarios para dejar que su mente se llenara, una vez más, con las esencias que rodearían su viaje a Inglaterra.

### 17 de agosto de 1995. Liverpool, Inglaterra.

La figura femenina que avanzaba en la penumbra sentía que cada vez que daba un paso se encontraba más cerca de la eterna tristeza; un efecto que ni siquiera el calor que hacía ese día le alegraba el ánimo.

Así, en esos instantes, en su interior razonaba que el despertar mañanero había sido maravilloso, pero que a medida que transcurrieron los minutos, esa alegría comenzó a tornarse hacia lo que ahora sentía: un estado de